

**Sed siempre amantes de Dios,  
de vuestras almas  
y de todas vuestras hermanas (Ben 14)**

**III**

**m. ELENA FRANCESCA BECCARIA osc.**

Monasterio Santa Clara

Via Vitellia, 97

00152 ROMA RM

**Monasterio de la Inmaculada  
Hermanas Pobres de Santa Clara**

Monzón (Huesca, España)

Traducción al español: Luis Prensa Villegas



*Sed siempre amantes de Dios, de vuestras almas  
y de todas vuestras hermanas (BenCla 14)*

III

m. ELENA FRANCESCA BECCARIA osc.

**Dos categorías de hermanas queridas por Clara**

Quisiera ahora tratar de la santa unidad con referencia a dos categorías de hermanas a las que la misma Clara en la *Forma Vitae* dedica particular atención: las hermanas más frágiles, entendiendo por fragilidad no solo la física sino también la psicológica; y hermanas en el pecado. Me parece importante hablar de ello, porque son hermanas que, con su presencia en la comunidad, interpelan la santa unidad, o más bien, provocan a cada hermana a comprobar su propio modo de entenderla y vivirla. La fragilidad del otro, ya sea física, psíquica o moral, toca nuestra fragilidad, desnuda lo que realmente tenemos en el corazón. Para decirlo con Francisco:

*El siervo de Dios no puede conocer cuánta paciencia y humildad tiene en sí, mientras todo le suceda a su satisfacción. Pero cuando venga el tiempo en que aquellos que deberían causarle satisfacción, le hagan lo contrario, cuanta paciencia y humildad tenga entonces, tanta tiene y no más (Adm XIII).*

De hecho, la hermana más frágil es una hermana que de alguna manera se pone *en contra* de nosotras, intencionadamente -en cuyo caso es un verdadero pecado-, pero también sin intención, por simple debilidad personal no culpable, pero de hecho nos escandaliza, precisamente en el sentido de poner un obstáculo en el camino.

Presentaremos las dos categorías de hermanas por separado, aunque puede que no siempre haya una separación tan marcada. La fragilidad física a veces predispone al cansancio psicológico de gestionar la enfermedad -Clara misma en la *Forma vitae* habla de la posibilidad de que la *enfermedad de la desesperación* prevalezca en los enfermos (RCI V, 12)-, y viceversa, puede ser que las hermanas psicológicamente más frágiles lleven las enfermedades con mayor dificultad. En cuanto al pecado, es siempre difícil evaluar en qué medida una situación objetivamente mala depende de la mala voluntad de la hermana o más bien de su fragilidad, que quizás no mina completamente la volun-

tad, sino que la condiciona. En definitiva, son planos superpuestos, que dividiremos únicamente por sencillez de exposición.

Pero antes de tratarlos por separado, me gustaría resaltar lo que tienen en común. Ambas situaciones deben ser leídas con la categoría de *necessitas*, en el sentido de que estas hermanas, por distintas razones, están en todo caso en condición de necesidad, son hermanas necesitadas, lo sepan o no. Pero incluso si ellas no lo saben, es importante que nosotras lo sepamos. Y la necesidad, tanto para Clara como para Francisco, no tiene ley (cf. Rnb IX, 16): lo demuestra en varios pasajes de la *Forma Vitae* (cf. RCl VIII, 11; IV, 19; V, 4.17; VI, 15); VII, 4; VIII, 13,15; IX, 11). También es importante subrayar que no decimos que la necesidad sea necesariamente objetiva: puede haber situaciones de necesidad de las hermanas conocidas y evidentes solo para la interesada, no tanto para el observador externo, pero incluso así es bueno escuchar, estar cerca, tratar de comprender y compadecerse, porque solo en un clima de escucha puede crecer el otro.

Y, en efecto, la segunda categoría que conecta estas situaciones es la de la misericordia. Etimológicamente, el término significa *corazón abierto al pobre*: solo se puede responder a la necesidad del otro ensanchando el corazón y acogiendo, aunque con prudencia e inteligencia. Como veremos, Clara nos pide que afrontemos la miseria de la hermana, porque ella misma, como siempre, fue la primera en darnos ejemplo. Pero esto es mucho más fácil si también nosotras hemos experimentado en la vida la necesidad de la misericordia de la otra, si también nosotras nos hemos sentido a veces pobres acogidas por la caridad de las hermanas.

### *Las hermanas débiles*

Pasemos ahora a hablar de las hermanas débiles: débiles, como las define Clara en la *Forma vitae* (RCl III, 10), cuando pide para ellas la dispensa del riguroso ayuno que se observaba en San Damián. Pero también habla de ellas en el cap. IV, donde define los deberes de la abadesa, en estos términos:

*Consuele a las afligidas. Sea también el último refugio de las atribuladas, no sea que, si faltaran en ella los remedios saludables, prevalezca en las débiles la enfermedad de la desesperación (ibíd. IV, 12).*

Es significativo que Clara hable de *aflicción*, incluso de *desesperación*: es una palabra fuerte, nos sorprende oír la decir de la realidad de San Damián, ¡pero también nos consuela un poco! Todas las comunidades, de todos los siglos, han estado y están habitadas por la fragilidad, tanto física como psíquica. Por otro lado, incluso esto último forma parte de la debilidad física, porque nuestra dinámica psicológica no es más que un aspecto de la fragilidad ligada a nuestra condición humana. De hecho, sin embargo, tenemos más dificultad en aceptar la debilidad psíquica, nos escandaliza más: aunque la enfermedad física implica incluso una dificultad de aceptación y asistencia, es cierto que los enfermos tienden más a despertar ternura que compasión; una hermana psicológicamente débil nos pone nerviosas, nos perturba.

Y Clara en cambio le pide a la abadesa, y en ella a todas nosotras por la lógica que he tratado de describir, que sea un *refugio* para cualquier hermana con problemas. El término es muy hermoso. A continuación escuchamos el Salmo 32,7: *Tú eres mi refugio, me libras de la angustia, me rodeas con cánticos de liberación*. Dije antes que muchas veces es la inseguridad la que genera turbación, inquietud, tormento en las almas; y todo esto descarga creando incomodidad y dificultades en las relaciones. Por ello se necesitan espacios donde soportar con seguridad la propia tensión interior: precisamente hay necesidad de un refugio. Ya vimos cómo se refugió Clara, pero volvamos a escucharlo del testimonio de Sor Inés:

*También declaró que, si la dicha madonna Clara veía a una hermana sufrir alguna tentación o tribulación, la llamaba en secreto y la consolaba, llorando; y a veces se echaba a sus pies (Proc X, 5).*

Esta es la pedagogía de Clara. Llamar aparte a la hermana angustiada, es decir, crear un espacio de intimidad, de confianza, donde la hermana pueda abrirse libremente y desahogar la angustia del corazón lejos de miradas indiscretas... crear un lugar de refugio. Luego consolar, con lágrimas, que es como decir compadecerse, sufrir junto con la hermana. Me cuesta pensar que las lágrimas de Clara fueran circunstanciales, ciertamente brotaban de un verdadero amor maternal que estaba visceralmente cerca de la angustia del corazón de la hermana, por la que la otra sentía solidaridad, no juicio; atención, no impaciencia. Tercer paso: arrojarse a los pies de la otra, gesto que ella reservaba para los casos más difíciles, aunque es cierto que lo hizo solo *unas pocas veces*, pero

que dice de la intensa implicación de Clara que no pudo reprimir la participación del cuerpo, solo para aliviar de alguna manera el dolor del otro.

Todo esto me interpela profundamente, pensando en la distancia que a veces queremos tomar de situaciones de este tipo. La parábola del buen samaritano me recuerda y me hace escuchar la palabra exigente de Jesús en mi corazón: *¿Quién de estos tres te parece que fue prójimo del que cayó en manos de los salteadores? El que practicó la misericordia con él. Vete y haz tú lo mismo* (cf. Lc 10,25-37). De hecho, muchas veces la hermana atribulada no es sino una desdichada, que ha caído en manos de ese torpe y peligroso bandido que es su propio yo: es simplemente víctima de sí misma, de sus propias fragilidades, angustias, debilidades, que tienen el poder de dejarla medio muerta a la vera del camino, es decir, al margen de la vida comunitaria. Y es precisamente en el torpe intento por sobrevivir cuando estas hermanas hieren a veces a quienes las rodean y siembran preocupación. ¿Quién es su prójimo? ¡Quién tiene compasión! No dejemos que otros las recojan, no dejemos que otras reciban la recompensa que el Señor tiene preparada para nosotras.

Como siempre, Clara es aquí nuestra maestra, ella que es una mujer evangélica. No solo eso, sino que también es hija de Francisco. En este sentido, recordemos aquel maravilloso texto que es la Carta a un Ministro:

*Acerca del caso de tu alma, te digo, como puedo, que todo aquello que te impide amar al Señor Dios, y quienquiera que sea para ti un impedimento, trátese de frailes o de otros, aun cuando te azotaran, debes tenerlo todo por gracia [...] Y ama a aquellos que te hacen esto. Y no quieras de ellos otra cosa, sino cuanto el Señor te dé. Y ámalos en esto; y no quieras que sean mejores cristianos (LMin 2.5).*

Por supuesto, todo esto implica un esfuerzo, por parte de los que sufren y de los que traen el sufrimiento, pero este esfuerzo vivido juntas se convierte en un ladrillo precioso en la construcción de la santa unidad. Como nos advierte Francisco:

*Las que están por enfermedad gravadas / y las otras que por ellas están fatigadas, / unas y otras soportadlo en paz, / porque muy cara venderéis esta fatiga, (AudPov 9-12).*

## *Las hermanas en el pecado*

Y precisamente a partir de este esfuerzo por sobrellevar la propia enfermedad y la de la hermana, pasamos ahora a la otra categoría, la de las hermanas en el pecado. En este sentido, recordemos las dos interpretaciones iniciales: necesidad y misericordia. Sin embargo, nos encontramos ante hermanas que tienen necesidad en este caso de perdón, pero también de una corrección que lleve al reconocimiento del pecado y, por tanto, a la conversión; en cambio, es importante tener el corazón abierto a ellas en la misericordia, y veremos con qué firmeza lo recomienda Clara. Leamos lo que ella misma dice sobre estas hermanas en la *Forma vitae*:

*Si alguna hermana, por instigación del enemigo, pecara mortalmente contra la forma de nuestra profesión, y si, amonestada dos o tres veces por la abadesa o por las otras hermanas, no se enmendara, coma en tierra pan y agua ante todas las hermanas en el refectorio tantos días cuantos haya sido contumaz; y sea sometida a una pena más grave, si así le pareciere a la abadesa. Durante todo el tiempo en que sea contumaz, hágase oración a fin de que el Señor ilumine su corazón para la penitencia. Pero la abadesa y sus hermanas deben guardarse de airarse y conturbarse por el pecado de alguna, porque la ira y la conturbación impiden en sí mismas y en las otras la caridad (RCl IX, 1-6).*

*Deben guardarse de airarse y conturbarse por el pecado.* Comienzo desde abajo para comentar este pasaje, porque quiero resaltar inmediatamente la misericordia. El período va precedido de una conjunción adversativa, por un *vero*, en latín: está bien todo lo que Clara pide en primer lugar, pero cuidado que todo debe estar sazonado con misericordia. Es decir: todas las medidas recomendadas deben estar animadas por un verdadero amor de misericordia por el alma de la hermana, cuya salvación y paz deseamos. De lo contrario, nos haremos daño a nosotras mismas, cargándonos con el pecado de la hermana, y a la misma hermana, a la que solo alcanzará nuestra ira. De hecho, ¿cómo podemos estar seguros de que la caridad vive realmente en nuestros corazones? Mientras nos sintamos preocupados y enojados, es mejor esperar y orar. Francisco nos da una clave para entender esta dinámica:

*Y de cualquier modo que una persona peque, si por esto el siervo de Dios se turba y se encoleriza, y no por caridad, atesora para sí una culpa. El siervo de Dios que no se encoleriza ni se conturba por cosa alguna, vive rectamente sin propio (Adm XI, 2-3).*

Somos, pues, ricos si nos enfadamos, ricos en nuestro juicio, tal vez en nuestra impecabilidad: debemos despojarnos de esto, y luego corregir como pobres de espíritu, que no se buscan a sí mismas en la corrección, sino únicamente el bien de la hermana. Recordemos de nuevo la citada carta a un ministro de Francisco:

*Que no haya hermano alguno en el mundo que haya pecado todo cuanto haya podido pecar, que, después que haya visto tus ojos, no se marche jamás sin tu misericordia, si pide misericordia (LMin 8).*

*Ora para que el Señor ilumine tu corazón.* Partiendo siempre de abajo, subrayo lo que Clara pide a todas como forma de acompañar fraternalmente la situación de pecado mientras persiste: oración. Aquí se construye verdaderamente la santa unidad, herida por el pecado de la hermana. Este es el primer lugar de la misericordia, porque cuestiona la intervención de Aquel que es el Misericordioso por excelencia. Es hermoso el hecho de encomendar la hermana a Jesús, para que Él vuelva a crear la unidad, dentro de la hermana y dentro de la comunidad.

*Por instigación del enemigo.* Es importante ver al enemigo de la humanidad obrando en el corazón de la hermana pecadora: esto ayuda a nuestra actitud de misericordia. Es a él a quien debemos odiar, sobre él debemos descargar nuestra agresión, y no sobre la hermana, de la que no sabemos cuán consciente es de su ataque.

*Amonesta dos o tres veces.* La amonestación es el modo evangélico de Clara de intervenir, además de la oración: estar cerca, hacerse cargo de la situación, no pasar de largo. Y no solo una vez, sino persistentemente. Es significativo que no solo la abadesa, sino también otras hermanas puedan intervenir: he aquí la sabiduría y la humildad de Clara, que entiende que a veces una hermana tiene un canal preferencial para acercarse a la otra que está en pecado, y por eso la amonestación le alcanzará más fácilmente gracias a esta mayor profundidad de relación.

*Que coma en tierra pan y agua ante todas las hermanas [...] y sea sometida a una pena más grave.* Aquí tal vez corremos el riesgo de perder un poco el rumbo, de

desorientarnos. No sucederá así si no olvidamos aquella misericordia que quería subrayar al principio, que es como el principio y la meta de este camino. La corrección también debe enmarcarse en la perspectiva del amor. Amor a la hermana, que a través de la excomunión de la mesa se permite tomar conciencia de la gravedad de su estado; amor también por la comunidad, que así tiene la oportunidad de participar de la gravedad del momento que se vive, que se convierte precisamente en comunidad, ¡porque el pecado es cosa grave! Me pregunto si hoy falta un poco de valor en nuestras comunidades para afrontar de esta manera, con esta seriedad, el pecado que a veces acecha en el vivir común, amando así el alma de la hermana que está en peligro y que está amenazando con su comportamiento el camino de la santa unidad y, por lo tanto, la salud de todo el cuerpo.

Una prioridad final que surge de la comparación con lo dicho sobre las hermanas débiles. En ese caso, no vemos ninguna severidad por parte de Clara. Como decía al principio, el pecado implica una responsabilidad individual, una culpa; en el caso de las hermanas más frágiles, no hay garantía de que haya responsabilidad. He aquí, pues, el sentido de la pena: si la amonestación es válida para ambas categorías, la pena solo tiene sentido donde hay necesidad de purificación interior, donde es posible y necesario un arrepentimiento del que toda la comunidad es consciente. El castigo es por el crecimiento espiritual; si, por el contrario, cae sobre las dinámicas ya comprometidas que habitan en la hermana, entonces se corre el riesgo de que se bloquee más. Dado que los dos niveles a menudo se superponen, no hay recetas: se necesita prudencia y discreción, ¡y mucha misericordia!

### **Los enemigos de la santa unidad**

De cuanto hemos dicho es evidente que el pecado es el enemigo de facto de la santa unidad, y al mismo tiempo el instigador del pecado, que no por casualidad se llama *diablo*, es decir, el que divide, separa, disgrega. Todo pecado tiende a esto, a romper la unidad de la Iglesia.

Por eso queremos centrarnos en las formas concretas que el pecado puede tomar en la vida fraterna, y en los antídotos que propone Clara. Es la misma Clara quien nos ofrece una preciosa lista, en la gran amonestación y exhortación que concluye el capítulo X de la *Forma vitae*:



*Amonesto de veras y exhorto en el Señor Jesucristo que se guarden las hermanas de toda soberbia, vanagloria, envidia, avaricia, cuidado y solicitud de este siglo, detracción y murmuración, disensión y división; sean, en cambio, siempre solícitas en conservar entre ellas la unidad del amor mutuo, que es el vínculo de la perfección (RCI X, 6-7).*

### *Soberbia*

No es casualidad que este verdadero y capital vicio abra la serie de enemigos de la santa unidad: es en cierto sentido la madre de todo lo negativo que puede habitar en el corazón del hombre; por tanto, en el corazón de la comunidad. Las *Fuentes* nos dicen que incluso Francisco la consideraba, con horror, el origen de todos los males (cf. LegM VI, 11). El orgullo encierra nuestro ego dentro de su propia autosuficiencia, lo blinda de alguna manera de cualquier aportación exterior. Es evidente, por tanto, que se opone a la comunión, que prevé por el contrario un intercambio continuo con quienes nos rodean, una interdependencia, en la conciencia de que nos necesitamos unos a otros para salvarnos.

De la soberbia dependen los muchos males de la sociedad actual, en primer lugar el subjetivismo y el relativismo: rechazo la información que me llega de la realidad que me rodea, incluido Dios, y me hago la medida de mí misma. Lo que para mí es verdad es absolutamente verdad, no hay dato objetivo sobre el cual comparar; falta la preciosa aportación del otro hacia mí, de ese hermano que tiene un sentimiento diferente al mío. Esto obviamente va en contra de los dos pilares de nuestro carisma, la pobreza y la fraternidad.

Conocemos el antídoto por el *Saludo a las virtudes: La santa humildad confunde a la soberbia / y a todos los hombres que hay en el mundo /, e igualmente a todas las cosas que hay en el mundo* (SVirt 12). Hay un *mundo* que nos sigue fielmente en el monasterio, porque lo llevamos dentro de nosotros, y reclama su espacio, hinchando el yo según criterios mundanos. Debemos despojarnos de esto para entrar en relación con las hermanas desde abajo, desde *minores*: por supuesto, la minoridad es una categoría aborrecida por el mundo de hoy, que tiende a hinchar el ego, pero precisamente por eso debemos convertirla en fuerza de nuestras relaciones.

¿Cómo podemos alcanzar esta virtud tan fundamental para nosotras? La respuesta la da el mismo Francisco y la sacamos de las *Fuentes*, precisamente de la *Tercera con-*

*sideración sobre los estigmas.* Es de noche, Francisco reza solo en el bosque y el hermano Leo se acerca para ver si necesita algo, según las órdenes recibidas de su padre:

*Finalmente [el hermano León] escuchó la voz de San Francisco y, acercándose a él, lo vio arrodillado en oración con el rostro y las manos levantadas al cielo, y con fervor de espíritu dijo: ¿Quién eres Tú, oh mi dulcísimo Dios? ¿Qué soy yo, vil gusano e inútil siervo tuyo? Y estas mismas palabras también las repitió, y no dijo nada más [...]. Entonces, viendo a San Francisco a quien Dios había revelado o concedido oír y ver algunas cosas al humilde fray León por su sencillez y pureza, condescendió a revelarle y responderle lo que le pedía, y dijo así: Sabe, hermano ovejita de Jesucristo, que cuando dije aquellas palabras que oísteis, entonces dos luces fueron mostradas a mi alma, una de la noticia y conocimiento de mí mismo, la otra de la noticia y conocimiento del Creador. Cuando dije: ¿Quién eres Tú, oh mi dulce Dios?, entonces estuve en una luz de contemplación, en la cual vi el abismo de la infinita bondad y sabiduría y poder de Dios; y cuando dije: ¿Qué soy? Estuve en la luz de la contemplación, en la cual vi el profundo desgarramiento de mi cobardía y miseria, y por eso dije: ¿Quién eres tú, Señor de infinita bondad y sabiduría y poder, que mereces visitarme que soy un gusano vil y abominable? (FF 1915-16).*

La virtud de la humildad solo se alcanza mirando la grandeza de Dios, su infinita bondad, sabiduría, misericordia, poder, belleza... ¡debemos repetir todas las alabanzas del Dios Altísimo! Volvamos a lo que decía al principio: es en una relación plena y profunda con el Señor donde se pueden adquirir las virtudes humanas. Así que no nos cansemos de considerar la grandeza de Dios; en esto Francisco y Clara son realmente maestros. Entonces, y es la segunda luz de Francisco, a la luz de lo contemplado, miremos nuestra verdad. Esta es, en efecto, la humildad: la verdad de uno mismo, que sin embargo solo puede verse con claridad y certeza a la luz de lo que es Dios. Dios nos ha dado ciertos parámetros para medir nuestra verdad, nos ha dado un objetivo, que es su Hijo, que dice de sí mismo: *Yo soy [...] la verdad* (Jn 14, 6). Es sobre esta verdad donde debemos medir nuestra verdad: por eso la primera luz es la de la contemplación de Dios, es la verdad de su Hijo - que dijo: *Quien me ha visto a mí, ha visto al Padre* (Jn 14, 8) - por lo tanto, al final, la verdad del evangelio, que nos ayuda a comprender quiénes so-

mos, dónde estamos; nuestra verdad se mide por nuestra mayor o menor conformidad con la palabra del evangelio.

De aquí surgirá entonces la humildad en la relación con las hermanas, de esta exacta percepción de una misma, en los dones y límites que Dios nos ha dado; esta mirada clara nos permitirá ver también la de las hermanas, sin juzgar, pero con bondad.

### *Vanagloria*

*¿Cómo podéis creer vosotros, que aceptáis gloria unos de otros, y no buscáis la gloria que viene del único Dios?* (Jn 5, 44), dice Jesús. La única gloria verdadera, no en vano, es la gloria de Dios, esa gloria que Jesús pide al Padre antes de su Pasión: *Y ahora, Padre, glorifícame tú, junto a ti, con la gloria que tenía a tu lado antes que el mundo fuese* (Jn 17,5). Si queremos comprender la gloria que viene de Dios, debemos mirar al Crucificado: *Míralo, míralo, contéplalo, queriendo imitarlo* (CtaClara2 20), diría Clara. Todo intento de aparecer, de sobresalir en comunidad, estaría condenado inmediatamente al fracaso si se entendiera esto, que nuestra vida resplandecerá con luz auténtica solo cuando sea conforme a la del pobre Crucificado, el más hermoso entre los hijos de los hombres, que ha convertirse en el más vil (cf. ib.).

El antídoto de la vanagloria es, pues, el amor a la cruz, que significa, concretamente, elegir lo que no gratifica, lo que desnuda, lo que no aparece a los ojos de los hombres. Si la vanagloria tiende a crear arribismo, sed de poder, el amor a la cruz nos recordará el lugar que hemos elegido libremente con nuestra profesión, que nos ha unido para siempre a Aquel que reina desde una cruz. A este respecto recordamos también las palabras de san Pablo: *En cuanto a mí ¡Dios me libre gloriarme si no es en la cruz de nuestro Señor Jesucristo, por la cual el mundo es para mí un crucificado y yo un crucificado para el mundo!* (Gál 6,14). Dije antes que la trampa del mundo nos persigue incluso en el monasterio, que nos hace pensar según parámetros no religiosos: debemos, con la fuerza de la fe, crucificar estos instintos y elegir en su lugar lo que el mundo normalmente desprecia. Y sabemos bien que el mundo considera la cruz una ignominia, pero nosotros la elegimos libremente en el momento de la profesión como camino al Padre, a la vida eterna.

### *Envidia*

Francisco es severísimo en este caso:

*Quien envidia a su hermano por el bien que el Señor dice y hace en él comete pecado de blasfemia, ya que envidia al mismo Altísimo, que dice y hace todo bien (Adm VIII, 3).*

La envidia provoca competencia en las relaciones, antagonismo: es verdaderamente un serio obstáculo para la unidad. Además, genera tristeza y enojo en el alma: te entristeces porque no puedes tener lo que el otro tiene, o ser lo que el otro es; muchas veces la tristeza degenera luego en ira hacia el hermano, aunque tal vez se manifieste de manera sutil, no evidente a nuestros propios ojos. La envidia enferma verdaderamente al alma, la mantiene en un continuo estado de tensión, le impide descansar tranquilamente en la obra que Dios está haciendo en ella.

El antídoto para ello es la gratitud: en primer lugar, por los dones con los que el Señor ha bendecido nuestra vida, nuestra persona, sobre todo no dar por sentada nuestra vocación (cf. TestCl 2); luego por la presencia de las hermanas, que no es casualidad que también Clara la considere un don (cf. ibíd. 25) y de cuyo camino de santidad se alegra (cf. CtaClara2 25). Ante un sentimiento de envidia debemos acostumbrarnos a decir sencillamente *¡Gracias, Jesús!*. Y aunque sea un *gracias* que no sale del corazón, digámoslo mientras tanto con nuestros labios: será aun más precioso a los ojos de Dios precisamente porque es fruto de una victoria sobre nosotros mismos, sobre nuestras propias inclinaciones. Tratemos una vez más de reconocer los dones de las hermanas en voz alta, frente a ellas mismas y a la comunidad: *elevantar* a las hermanas es, además, una manera muy segura de *rebajarnos* y crecer en el espíritu de minoridad. También aquí puede ser necesario violentar el instinto, pues sabemos bien que el Reino de los cielos es de los violentos, y son ellos quienes se apoderan de él (cf. Mt 11,12).

### *Avaricia*

La avaricia cierra el corazón a la necesidad del hermano, nos hace esclavos de nuestros bienes, de nuestro tiempo, de nuestros afectos, en resumen, de todo lo que percibimos como nuestro, y que no queremos compartir. Cuán contraria es al espíritu de pobreza de nuestra *Forma Vitae*, que prevé que todo sea en común, incluida nuestra persona, nuestros dones, que todo esté disponible para la comunidad. Debemos tener mucho cuidado con esto, porque un día entregamos nuestra vida al Señor, pero luego corremos el riesgo de recuperarla mediante pequeñas peticiones del yo.

Un buen antídoto contra la avaricia puede ser entonces el espíritu de servicio, que tan claramente nos enseñó Clara:

*Que la abadesa sea entonces tan familiar con ellas [las hermanas], que puedan hablar con ella y tratarla como damas con su propio criado: porque así debe ser, que la abadesa sea la sirvienta de todas las hermanas (RCI X, 4-5).*

Si todas en la comunidad, y no solo la abadesa, se comportaran de esta manera, sirviendo unas a otras, ¿me parece que la santa unidad estaría garantizada! Y servir significa poner toda la persona -con lo que tiene y lo que es- a disposición de las hermanas, del bien común. El banco de pruebas que se está sirviendo en pura pérdida, es cuando se consigue hacerlo sin después reivindicar nada, sin darle importancia, sin recalcarlo, contentas y satisfechas porque solo lo haya visto Dios.

#### *Cuidado y preocupación de este mundo*

Ocuparnos y preocuparnos por lo que sucede fuera de los muros del monasterio distrae de lo que debe ser nuestro compromiso: atender a las cosas de Dios y las necesidades de las hermanas. Lo que Clara pide a las hermanas que sirven fuera del monasterio, que no devuelvan los ruidos del mundo (cf. *ibíd.* IX, 16), creo que se puede aplicar fácilmente a cada una de nosotras, porque todas estamos llamadas a conservar un clima que favorece la unión con Dios y la vida fraterna. Recordemos también la exhortación a Inés de Bohemia:

*Dejad completamente de lado todas aquellas cosas que en este mundo engañoso e inquieto atrapan a sus ciegos amantes, amad con todo vuestro ser a aquel que se entregó todo por vosotras (CtaClara3 15).*

Veo que la preocupación excesiva por las cosas del mundo se justifica muchas veces por la necesidad de saber lo que sucede, para luego poder orar. Eso está bien, pero con limitaciones: no es necesario conocer los hechos en los más mínimos pormenores y detalles, que además inquietan mucho a almas como la nuestra, acostumbradas a una vida retirada.

No solo eso. *Mundo* es también lo que llevamos dentro, como ya he dicho muchas veces: ese hombre viejo que dentro de nosotras no deja de murmurar y de darnos indi-

caciones según un modo anti-evangélico, para distraernos del plan de Dios, al menos para hacernos perder el tiempo; esto también es un *ruido del mundo* que perturba, incomoda, distrae.

Aquí el antídoto más seguro es el espíritu de contemplación, que está custodiado por la clausura. *Quaerere Deum* era la única ocupación de los monjes en el pasado: de aquí, de esta mirada siempre dirigida a Jesús, viene la atención a las hermanas, que hemos visto brillar tan claramente en la vida de Clara, porque quien ama a Dios también ama a quien ha sido engendrado por él (cf. 1 Jn 5, 1).

### *Detracción y murmuración*

Si Clara, en el capítulo V de la *Forma Vitae*, nos pide con insistencia que guardemos silencio (cf. RCI V, 1-5), es ciertamente para salvaguardar la vida contemplativa, pero también porque sabe bien que hablar demasiado es un gran escollo para vida común. Así también la presencia de otras hermanas que supervisan las conversaciones en la reja, en el locutorio o en el interior del monasterio (cf. V, 6-7; VIII, 20), ciertamente se lee en la perspectiva de salvaguardar la honestidad típica de época, pero también es una ayuda que ella -que conocía bien la fragilidad del alma humana- garantiza a su hermana evitar el pecado que acecha en un uso excesivo e inapropiado de la palabra.

Pero no basta con callar: incluso se puede murmurar solo en el fondo del corazón, que tarde o temprano también sugerirá a la boca lo que debe decir, porque también es cierto que *la boca [...] expresa lo que rebosa del corazón* (Mt 12,34). Por eso es también importante la calidad de nuestro discurso, que debe ser sobrio y tal que edifique al oyente. De Clara se dice que hablaba *siempre las palabras de Dios, que siempre estaba en su boca, tanto que no quería hablar ni oír vanidades* (Proc I, 9).

El antídoto de este pecado es siempre la bendición, en el sentido literal de *decir bien*, alabar, como pide la misma Clara a las hermanas que sirven fuera del monasterio: que *cuando las vean hombres y otras criaturas, siempre de todas y en todas las cosas alaben a Dios* (ibíd. XIV, 9). Una circulación continua de buenas palabras en comunidad construye considerablemente la santa unidad. Y es también un gran ejercicio ascético mortificar toda palabra que sea perjudicial y pronunciar solo palabras buenas, que puedan edificar a quienes las escuchan.

### *Discordia y división*

Aquí, por fin, se nombran expresamente los dos enemigos acérrimos de la santa unidad. Aquí quiere llegar Satanás: dividir los corazones. No tanto las mentes, porque es normal tener opiniones diferentes. El problema surge cuando de esto y por esto se llega a dejar de ser *un solo corazón y una sola alma* (Hch 4. 32), es decir, unánimes y acordes: cuando Satanás logra generar esto dentro del tejido comunitario, se ha ganado la batalla.

Para evitarlo Clara, al organizar la vida de su comunidad, se mueve en el sentido de crear diálogo, corresponsabilidad, compartir. Desde los capítulos al menos semanales hasta concebir el papel de la autoridad como un servicio, hasta las muchas veces en que se cuestiona la voz de las hermanas, al menos de las discretas: todo apunta a crear espacios de discusión, donde cada una puede expresarse, porque entiende que es del paciente trabajo de acomodar las opiniones y sensibilidades de todas juntas de donde brota la posibilidad de llevar verdaderamente juntas el peso del camino comunitario, *para preservar la unidad de la caridad y la paz recíprocas* ( RCI IV, 22). En este sentido, recordemos el pasaje en el que Clara habla de una posible disputa entre hermanas.

*Si ocurriera alguna vez, lo que Dios no permita, que entre hermana y hermana, por alguna palabra o gesto, se produjese un motivo de turbación o de escándalo, <sup>8</sup>la que haya sido causa de la turbación, de inmediato, antes de presentar la ofrenda de su oración ante el Señor, no sólo se prosterne humildemente a los pies de la otra, pidiéndole perdón, sino que, también, ruéguele con simplicidad que interceda por ella ante el Señor para que sea indulgente con ella. Mas la otra [...] perdone con liberalidad a su hermana toda la injuria que le haya inferido* (ibíd. IX, 7-11).

Ese *nunca podrá* lo dice todo sobre el alma de Clara. Como diciendo: *Es inevitable que hay escándalos, pero ¡ay de aquel por quien vengan!* (Lc 17, 1). Y pide acciones contundentes e inmediatas para reparar y evitar que el pecado de la división anide y genere hijos e hijas. Antes de la oración hay que resolver el asunto, porque el Padre no escucha sino la oración que sube unánimemente del corazón de sus hijos. Creo que estas palabras son un gran desafío para nosotras.

El antídoto que propone Clara está precisamente en este pasaje, y es el perdón, pedido con humildad y dado con generosidad, con esa reciprocidad de actitud interior que ahora hemos entendido que era tan amado por Clara, porque habla de una circulari-

dad del bien en el tejido comunitario. No es casualidad que lleguemos al final de nuestro recorrido por el misterio de la santa unidad hablando del perdón. Tenía muchas ganas de llegar aquí, porque la cumbre del amor, como el mismo Jesús nos enseña desde la cruz (cf. Lc 23,34), es precisamente perdón. Perdonar significa reconocer que realmente ha habido un mal, una falta, una carencia, que alguien nos ha hecho mucho daño y es nuestro enemigo, y a pesar de todo, seguir amando. Es más, precisamente por eso amar aun más, para reparar el pecado que ha anidado en el alma de la hermana y sanarla del mal que la hacía esclava.

No es casualidad que, al final de la mencionada sección de la *Forma Vitae* que incluye los capítulos VI-X, Clara pida también a las hermanas, a todas nosotras, *amar a los que nos persiguen, reprenden y censuran* (RCI X, 11): como para recordarnos con fuerza el secreto más profundo de la santa unidad, que consiste en amar a quienes nos hace daño. Aquí está la perfección: *Si amáis a los que os aman, ¿qué recompensa tendréis? [...] Vosotros, pues, sed perfectos como vuestro Padre celestial es perfecto* (Mt 5, 46.48).

Pero claro, esto solo es posible permaneciendo (cf. Jn 15, 9) en el interior de ese gran amor que siempre nos ha envuelto y colmado, hasta desbordarse y derramarse sobre las hermanas. El amor de Dios es el único amor que perdona, y solo a partir de Él sabremos amar como Él, hasta el extremo (cf. Jn 13, 1).

(3/3)

*Acabóse de traducir esta obra  
en la fiesta del apóstol San Bartolomé,  
en la villa de Madrid,  
el día 24 de agosto  
del Año del Señor 2022.*